

«Las planchadoras», por ejemplo, es un drama espeso, sincerísimo, imaginativo, acre, polémico, temática y estéticamente, que sitúa a Manuel Martínez Mediero, vecino de Badajoz, entre nuestros mejores autores. ¿Quién podría acusarle de falta de experiencia escénica? ■ JOSE MONLEON.

## TELEVISION

### La saga de los Forsyte: un desafío para la corrupción visual del espectador

Por la puerta trasera de la Segunda Cadena se metió, en pasadas temporadas, el serial británico *La saga de los Forsyte*. Entonces llegó bajo el melodramático título de *Intriga de pasiones*. Pasó inadvertido por la inmensa mayoría del país teleadicto, como en su día pasó inadvertido el serial *El prisionero*.

Pero de sobra es sabido que en España la puerta grande de la audiencia pública es la Primera Cadena, con la única excepción de *Estudio abierto*. Y hasta que *La saga de los Forsyte* no ha pasado a ella no ha sido un fenómeno de masas televisivas. Ahora los millones de espectadores de Televisión, inmediatamente después de *Crónicas de un pueblo*, se ven obligados a presenciar la extraña narración de los inventos, aventuras y mixtificaciones de los Forsyte. Adivinamos que muchos espectadores no han superado el estadio de la perplejidad. No discernen si la serie es una tomadura de pelo, un nuevo método rápido para aprender inglés victoriano o una consigna en clave.

John Galsworthy es un curioso caso literario. Tuvo la desgracia de vivir literariamente emparedado entre Tomas Hardy y Joyce. Los críticos solían olvidarse de Galsworthy a la hora de hacer el censo de novelistas ingleses contemporáneos. Hardy, Meredith, Conrad, Lawrence, Joyce, la Mansfield, Huxley,

la Woolf, Baring, Green han merecido la memoria de la frecuente exégesis. En cambio, Galsworthy pasaba por un valor menor, excesivamente fácil, torpemente superficial, cultivador de novelas-río.

Y sin embargo hoy, con casi cincuenta años de perspectiva, Galsworthy sobrevive como novelista importante por encima de contemporáneos ingleses y no ingleses que fueron más apreciados en su tiempo. Galsworthy publicó *La saga de los Forsyte* entre 1912 y 1929, casi contemporáneamente a *Los Thibault*, de Martin du Gard (1922-1939), al ciclo *Salavin*, de Georges Duhamel (1920-1932), a diez años de distancia del ciclo *Jean Christoph*, de Romain Rolland.

De toda esta literatura cíclica, una de las pocas muestras legibles hoy día es precisamente la de Galsworthy. Y uno diría que por su aparente superficialidad, por la delgadez de sus metafísicas. En cambio había ciertas grasas trascendentalistas en Du Gard, Duhamel o Rolland que han envejecido prematuramente el cuerpo de la novela. Bajo la común preocupación por la biología social e individual de su tiempo y de los tiempos pasados que les habían hecho así, estos novelistas adoptaron la novela cíclica (o la saga) como una garantía de superior comprensión de unos personajes. Los héroes literarios ya no se justificaban a sí mismos. El naturalismo había incorporado el medio a la vivencia literaria y los novelistas derivados se veían en la imperiosa necesidad de acompañar a sus protagonistas desde el tiempo y espacio de sus abuelos al de sus nietos.

De hecho, el personaje central de estos ciclos o estas sagas seguía siendo el propio novelista, metido en el submarino de su vida y con el ojo puesto en el periscopio que le llevaba al pasado. Galsworthy utiliza al hijo de Jolion, oveja negra de la familia, para traducir su propio tono moral, su posición crítica ante una sociedad que jamás dejó de ser victoriana. Las actitudes críticas de Galsworthy fueron lo suficientemente dosificadas como para que su indignación civil no se haya evaporado y haya llegado perfectamente comprensible hasta nosotros. No ocurre otro tanto con otros indignados famosos, por ejemplo, Ibsen o Unamuno.

La literatura de Galsworthy nace con los requisitos de lo

popular en los años veinte. La variedad de personajes, de ambientes, de movimientos, la sucesión melodramática de las relaciones, la muerte, la huida, los celos, la represión, ingredientes todos avisados para el encantamiento del gran público. El éxito popular de la «saga» fue extraordinario en su tiempo y en todo el mundo. Era un éxito basado en la disposición lectora del género humano anterior a la cultura de la imagen. Entonces la literatura era un espectáculo, casi el único espectáculo al que se podía llegar voluntariamente y pagando poco.

Hoy la cultura de la imagen ha invalidado el código de lectura que hizo posible el éxito de la novela-río. La prensa y la imagen han entrado en las páginas de los libros y me parece que con toda justicia. El estilo telegráfico es hijo de las circunstancias como el hipérbaton lo fue en

dictada por la experiencia. En fin, el padre chipén.

En lugar de estos apetitosos manjares en lata que le ayuden a cargarse de vitaminas y proteínas anti-frustración, ante sus ojos aparece una trama-intriga que estaría dispuesto a aceptar, pero servida de un respeto cultural por la reconstrucción de una atmósfera. Insisto. El espectador moderno tiene pleno derecho a exigir formalizaciones que asuman el proceso hacia la brevedad comunicativa. Pero su rechazo de bocados subculturales como *La saga de los Forsyte* no obedece a una morosidad de lenguaje de la serie, sino a que esta serie convierte en materias de su menaje datos de información cultural por los que el espectador ha perdido el gusto y las ganas: desde cómo vestía el mundo de los Forsyte, hasta cómo sentía y, en definitiva, cómo luchaban sus ele-

que puede permitirse la ruptura hipnótica y asiste al espectáculo desde las catacumbas o desde el cielo, suele limitarse a constatar una situación determinada.

Hay una cultura de masas dirigida con cincuenta años de tradición, los mismos años que tienen los grandes instrumentos de uniformación cultural. Pero por debajo va quedando un sustrato de cultura de masas que ya pertenece a lo que es cultura popular. Un sustrato con sus reglas y tradiciones, no carentes de vicios innobles, pero con características suficientes para que en su día aflore un nuevo sentido de nobleza cultural.

Pues bien. Empieza a ser hora de que el intelectual se acerque a ese sustrato en busca de las convenciones expresivas subculturales, porque esa es la única condición fundamental para no perder definitivamente el tren de «hacerse entender». No se trata de que, como consecuencia de este empeño, el intelectual crítico se ofrezca a Televisión Española para actuar como monitor y explicar al espectador las maravillas que él no ha podido ver en *La saga de los Forsyte*.

El acercamiento a los fenómenos subculturales debe llevarnos a la comprensión de la dinámica subcultural, a la comprensión de cómo en los subterráneos de Proust, Joyce, Bela Bartok, incluso Brecht, Picasso, Mondrian, etcétera, etcétera, se han creado símbolos, mitos, lenguajes al servicio de la necesidad cultural del pueblo. En su día, cuando la nueva cultura popular aflora sobre los caballos de nuevos órdenes sociales se producirá una conmoción equivalente a la que significó la aparición de las culturas europeas romances (¿qué subcultural era el Arcipreste de Hita!) frente al nobilísimo, acreditado Partenón de la cultura neoclásica.

Reflexionar, pues, sobre el escaso éxito que tiene una manifestación subcultural tan positiva como la adaptación televisiva de la novela de Galsworthy, nos lleva a la evidencia de que dentro del universo de la subcultura ya hay soles que calientan y soles que enfrían. La corrupción del espectador no se ha debido a la subcultura en sí, sino a una determinada constante de subcultura contra él dirigida. La prueba es que *La saga de los Forsyte*, en su versión televisiva, lleva en sí todos los requisitos que acreditan la obra maestra. ■ LUIS DA-VILA.



su tiempo y el periodo ciclonario rompecabezas, ídem de ídem.

No es de extrañar, pues, que cuando en su pantalla aparece una saga como la de los Forsyte, los reflejos condicionados del televidente celtibérico se vean frustrados. Empieza a salivar, y no, ahí no sale Tony Leblanc. Sigue salivando, y no, tampoco aparecen en la pantalla Mannix y sus «partenaires» impresionantes. No, por mucho que salive no vendrá en su ayuda el sueño neurótico de un fugitivo al que finalmente se hace justicia, infinitamente comprendido por hermosas amantes maternas. No, tampoco le dará un paternal golpe en la espalda el padre de *Bonanza*, encarnación de ese padre ideal, justo, coloquante, pero en último extremo reserva imperturbable de la verdad

mentos más lúcidos para cambiar la vida, cambiar la Historia.

La maravilla testimonial de esta saga tiene un valor didáctico importante si el espectador estuviera predisposto a captarlo. Pero el espectador, y eso es lo grave, gravísimo, no sólo no conecta con lo que es vanguardia cultural, sino que ya está desconectado de lo que es subcultura digna a secas.

No quisiera inducir al lector a la creencia de que me muevo en la ingenua galaxia regeneracionista de que hay que educar a las masas. De momento las masas están educadas por una cultura establecida que trabaja en su contra y por su relación con la realidad, que a la larga les resulta mucho más válida. La actitud crítica del intelectual